

PRESENTACIÓN

ACTUALIDAD DEL BARROCO

Luis SÁEZ RUEDA & Luis Javier GÁLVEZ AGUIRRE
Universidad de Granada

Son tantas las transformaciones que experimenta el mundo en el presente, y de tempo tan vertiginoso, que se nos hace muy difícil, a los que nos ha tocado vivir en él, hacernos una idea global que lo aprehenda unitariamente. ¿Es la nuestra una época marcada fundamentalmente por la mundialización de todos los procesos sociales, políticos y simbólicos? ¿Es acaso la era de la información, de los flujos semióticos interconectados y agitadamente cambiantes? ¿Estamos, tal vez, en la sociedad del productivismo material y de todos sus rostros mercantilistas? ¿Nos acecha el nihilismo desde el más profundo de nuestros estratos? ¿Somos los hijos de la civilización científico-técnica, del posthumanismo, de la caducidad de lo humano? ¿De la caída de los grandes metarrelatos y de los devenires reticulares?

Quizás tenga nuestra época todas estas caras y otras muchas más, pues lo que sí parece claro es que comprenderla y describirla equivale a pensar un poliedro cuyas dimensiones, además, se alteran frenéticamente. A pesar de la dificultad que entraña, hay diagnósticos que buscan un concepto para nombrar esta multiplicidad de fenómenos. No empezamos a comprender realmente hasta que no damos nombre al problema en cuestión y le ofrecemos, aunque en el acto inaugural del bautizo, un concepto. El de «Neobarroco» —también nombrado como «Transbarroco» o simplemente «Barroco actual»— es uno de los conceptos más adecuados que podríamos encontrar para tal fin. Da testimonio de ello el renacimiento de una enorme producción filosófica en torno a su aplicabilidad al mundo actual, sobre todo en las investigaciones de cuño ibero-americano.

El Barroco no es solo una estética, una política y una espiritualidad nacidas en el siglo XVII y representativas de una gran parte de su idiosincrasia peculiar. Es un *dispositivo* —como ha señalado Javier De la Higuera—, es decir, un *modus operandi* articulado y complejo, compuesto por una pluralidad de estrategias, de operadores simbólicos y de configuraciones del saber que es puesto en movimiento en circunstancias de crisis profunda. De crisis socio-política, por supuesto,

pero, más allá, de amplitud civilizacional. No pertenece, por ello, solo al pasado, sino que atraviesa el tiempo en modalidades diferentes y, sin duda, penetra profundamente en nuestra actualidad. Pues es esta, con todos sus matices y aspectos, un espacio profundamente crítico, de brecha entre un mundo que no acaba de desmoronarse, por un lado, y de un advenir, por otro, que comienza pero que no ha llegado aún a abrirse más que entre brumas.

Entre otras cosas, el dispositivo barroco del XVII trataba de reespiritualizar un mundo en el que lo divino, el fundamento, se retraía y se ocultaba, como un Infinito innombrable y en fuga que deja horadada la finitud de la existencia en todos sus espacios. Una *nada* espectral recorría el siglo y un vacío atravesaba la Tierra, separada de su Cielo. El Barroco inyectaba una nueva espiritualidad en el mundo desolado y desfondado, pero no instaurando nuevos dioses o erigiendo pilares sólidos capaces de reconfigurar un absoluto mundano. Lo hacía convirtiendo al mundo en una representación del Infinito ausente, que queda connotado en todas las realidades, como si estas resplandecieran precisamente por esa ausencia tan presente en ellas; como si la falta y la sustracción se hubiesen convertido en un respiradero capaz de animar nuevamente todo lo existente y en una retirada que, en contraimpulso, generase un vigoroso poder de actuar. Esta realidad barroca, traspasada por la huella creativa de lo que se ha puesto en fuga, es decir, transida por su propia nulidad, aparece como sueño y teatro. Pero como un sueño y un teatro que no son mera apariencia fútil y sin fondo, sino espectáculo en el que son dramatizados lo infinito, lo verdadero, lo bello, lo justo, huidos a una lejanía inconceptualizable. El alma barroca, que está herida, quiere así representar lo irrepresentable, señalándolo y apuntando a él.

Lo ausente opera barrocamente de muchas formas. Hace que la identidad del ser humano, convertido en *homo viator*, ya no esté presente a sí misma y que se busque incansablemente. Hace que lo existente, que ya no está recogido y ordenado en torno a un centro originario y arquimédico, se derrame en multitud de dehiscencias, que se pluralice, de modo que la multiplicidad se torna riquísima. Tal explosión de diferencia, sin embargo, no claudica al relativismo, pues lo diferente encuentra nuevas formas de plegarse con lo diferente, tal y como, según Heráclito, la discordancia concuerda consigo misma en el *logos* del devenir. Nacen, por ello, específicos recursos —de pensamiento, de creación lingüística, de tratamiento de las imágenes, etc.— para articular lo disperso sin recluirlo en la identidad monótona y allanadora. Y la razón, que en la modernidad prevaeciente adopta un cauce analítico y matematizante, se deja tomar más bien, en esta *modernidad-otra* del Barroco, por el ingenio creador.

En el orden social y político, es cierto que la fuga de la Verdad y la Justicia dejan entrar el pragmatismo más osado, pero en tensión con el esfuerzo de elevación hacia lo imposible-necesario, de manera que el hombre barroco, desengañado y melancólico, es al mismo tiempo héroe que se enfrenta al atropello, a la iniquidad, al sinsentido.

Nuestra época es de nuevo barroca porque acusa los síntomas de una crisis de esta magnitud. La *muerte de dios*, es decir, el ocaso definitivo de los fundamentos inamovibles y absolutos, la caída de los grandes sistemas simbólicos y de pensamiento en los que nos reconocíamos desde hace siglos, el derrumbe de los valores últimos, de las utopías... Todas estas fugas y otras muchas que cabría especificar, se arremolinan hoy en torno a una ausencia basal que no sabemos nombrar. Por eso, nuestro tiempo también lo es de sueño y teatro, de representación y de escena. El dispositivo barroco está entre nosotros. Lo que significa, no solo que atravesamos una honda crisis de espíritu, sino que estamos también en disposición de crear las estrategias, los operadores, las conformaciones de sentido, capaces de reespiritualizar nuestro mundo nihilizado.

Los artículos que componen este monográfico analizan diferentes aspectos de nuestra actualidad a la luz del nuevo hálito barroco que la transita. Pablo Pérez Espigares, en «La vida como sueño y el despertar de la conciencia», analiza esa especial forma de relación con la otredad que E. Levinas pensó como salida a todos los identarismos, renovando las experiencias del desengaño y el sueño. En «Utopía e ideología en la defensa de Francisco Suárez de los derechos de los pueblos paganos», Óscar Barroso Fernández reconstruye la concepción suareciana del derecho y se interroga hasta qué punto perviven hoy sus huellas en nuestra concepción de los Derechos Humanos. Francisco Javier Alcalá Rodríguez, en «Actualidad de Baltasar Gracián: ejercicios espirituales para un sujeto problematizado y crítica de la cultura», reflexiona sobre la actualidad de la imagen barroca del sujeto y de la cultura a partir de los sutiles lazos entre B. Gracián, Michel Foucault y José Ortega y Gasset. «El Éthos del gobernante y el orden político: claves filosóficas para la comprensión de la virtud como capacidad a partir de *El político* de Baltasar Gracián» es un minucioso estudio de Agustín Palomar Torralbo sobre el modo en que la potencia de actuar, pensada barrocamente, puede articular la *capacidad de gobierno* y la virtud política. Luis Sáez Rueda, en «De la *erraticidad trágica* al *errar sin tragedia*. Sendas del barroco hispano en el Transbarroco» examina la propensión errante y trágica del alma barroca y algunas de sus formas actuales. En «La espiritualidad jesuita como clave de lectura del Barroco hispano-americano», Miguel Ángel Villamil Pineda y Wilson Hernando

Soto Urrea redescubren la peculiar espiritualidad reformista y jesuítica del Barroco como germen de una libertad creativa y cooperativa que tuvo su continuación en las Misiones Jesuitas y que todavía discurre, transformada, por las venas de Latinoamérica. Francisco Vázquez Manzano, en «Mundo inmundo. La nihilidad del mundo y su salvación desde Gracián y Nietzsche», traza relaciones entre las herencias barroca y nietzscheana de nuestra época, particularmente en lo que concierne a la desfundamentación del mundo, en un sentido altamente positivo y liberador. Julieta Lizaola, en «María Zambrano y la mirada de Cervantes», pone al descubierto una espesura barroca en la razón poética que puede servir de fermento a un pensamiento iberoamericano propio. María García Pérez, en «Espectros del Barroco. Tenebrismo, hipérbole y fantología en la deconstrucción de Jacques Derrida», piensa que la herencia barroca en el pensamiento postestructuralista y de la diferencia configura un peculiar «tenebrismo deconstructivo» y una «fantología» que impregnan al presente. En «Gilles Deleuze. Elemento formal del Barroco», Sonia Torres Ornelas persigue las trazas barrocas actuales a través de esa gran metáfora conceptual que es la noción de «pliegue». En «Metamorfosis en universos mito-poéticos clásicos y (neo)barrocos», María José Rossi sigue los pasos de la novela neobarroca *Hombres de maíz* (Asturias), resaltando la dinamicidad polifónica y mutante de la contemporaneidad latinoamericana. Javier de la Higuera Espín, en «Desengaño y maravilla. Lecturas barrocas del asombro filosófico», actualiza el valor de la experiencia de extrañeza, admiración o asombro en el Barroco y la eleva a vivencia propiamente filosófica. Luis Javier Gálvez Aguirre, en «Horizontes de tiempo y cuidado. Herencias, continuidades y divergencias entre el barroco hispano y algunas lecturas contemporáneas», busca el *ethos* barroco en la actitud existencial del cuidado, vinculándolo con autores como M. Heidegger y P. Sloterdijk.

Estos estudios y propectivas han sido realizados en el marco del Proyecto de Investigación «Herencia y reactualización del Barroco como *ethos* inclusivo» (PID2019-108248GB-I00 / MICIN / AEI / 10.13039/501100011033), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, Agencia Estatal de Investigación, del Gobierno de España.

Los coordinadores.

Este trabajo se encuentra bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0

